

DIARIO DE MURCIA.

LA DEDICACION DE LA IGLESIA DEL SALVADOR EN ROMA Y S. TEODORO MR.

Este periódico sale todos los días, excepto los lunes.—Se suscribe á él en su Redacción, calle de la Trapería número 70, y en la Librería del Editor cuatro esquinas de San Cristóbal; á 6 rs. al mes y 9 fuera franco de porte, en cuyos puntos se admiten también los anuncios á medio real por línea.

El día de todos Santos.

Nuestros lectores al leer el epígrafe de este mal aliñado artículo dirán: ¿Que vendrán á contarnos estos ciudadanos? ¿Si creerán darnos noticias frescas y nuevas de un día, que plus minus vé, todos los años es igual? ¿Si nos irán á encajar la historia de todos los bienaventurados moradores de la corte celestial? —Nada de eso, Sres, únicamente nos proponemos decir lo que aquella tarde vimos y oímos (de los demás sentidos no hablamos, porque aunque oímos no tocamos ni gustamos); nos concretamos á la tarde porque ella es la que ofrece algo de notable.

Uno de nuestros prójimos estaba esperando á su inseparable compañero, asomado á la reja como niña que aguarda á su galán caballero. Reunidos que estuvimos nos dirigimos la pregunta de ordenanza: «¿A donde vamos?» — A donde vá la jente». Y diciendo y haciendo encaminamos nuestros pasos hácia la puerta de Orihuela, que era el punto á donde la concurrencia se agolpaba como un torrente de abrasadora labra. No hay que asustarse por la comparación, por que si la labra quema, el jentío abrasaba á cuantos habíamos incurrido en el delito de ir á tal reunion. A cada paso veía uno todos los cuerpos celestes, no obstante la presencia del sol, con los pisotones de afoho que recibia en sus salientes callos, ó con los innumerables codazos que en todas direcciones se asentaban contra los pacientísimos hijos de Eva; sin contar los abundantes rocios de barro que solia despedir en su tránsito algun carruaje ó cabalgadura. Entretanto multitud de voces chillonas gritaban: ¡Torrás! ¡torrás! á las que queman! ¿No me lleva V. unas pocas, señorito? mire V. que son buenas. Oye, roja, ven acá que esto es de lo mejor.

Y de este modo seguían gritando é invitando á comprar á todo el que pasaba. Aquí se veía un majo huertano comprando á su adorada Maria Papa un pañuelo de las buenas; allí un elegante llenando los bolsillos de su gabán: otro con frac y guante ajustado engulleando como que no quiere la cosa. En fin las graciosas niñas, instaladas en los balcones ó carruajes, se ocupaban también en tan inocente pasatiempo.

Pasando por todas las penas que tal vez estarías pugnando en la inacción de espera los que íbamos á visitar, llegamos á la puerta del lugar objeto de nuestro anhelo. Aquí fué Troya: vimos redoblada nuestra tortura, el quilo empozaba á abandonar el sistema vascular y asomaba la cabeza por nuestros poros. Salvamos aquel torbellino, y ya medio exánimes nos vimos en medio del espacio que forma el cementerio.

Este lugar, por si triste, estaba tan animado como un salón de baile (no hay que arrugar el ceño), por que en vez de dedicarse cada cual al objeto que á esos sitios nos debe conducir, únicamente se ocupaban en observar el talle flexible y bulptuoso de una linda huertana, en admirar su hermoso rostro y dirigirla una salva de piropos con lo que acababan de sonrojarla, creyendo la inocente que se la sacaba barta. También habia algunas fachas grotescas de esas que abundan en todos los puntos de reunion, que excitaban la crítica de varios leoncitos ociosos por demás y virtuosos por de menos. Aquí se nos ocurre hacer algunas reflexiones sobre los que yacen en aquellos nichos y sobre los que, impulsados mas bien por un motivo de curiosidad que por un sentimiento de gratitud y respeto, iban á visitarlos; ¿pero que adelantariamos? seguramente nos traeríamos la animosidad